

*Pugnabit cum illo orbis terrarum contra incensatos. Sap. cap. 5.*

*Hic creaturis imperat, qui nutui subiectionis se totum creatoris. Eccles. in proprio offi. Bonav. in vit. cap. 8.*

rras se publicarán quando venga á juzgar el mundo, **que** entonces toda la redondez de la tierra defendiendo la causa de Dios, peleará contra los pecadores. Mas aunque fue en general esta ley, y las criaturas siempre han de pretender vengar á su Criador, con todo, no se negò Dios de hazer la gracia, y conceder el privilegio, à quien quisiere à aquellos, que le fuesen leales amigos, y obedientes Siervos, como se lo concedió à nuestro Padre S. Francisco, de quien dize la Iglesia: Este imperaba en las criaturas, porque él se sujetò todo à la voluntad del Criador. Y assi yendo al Sacro Monte Alberna, con algunos de sus Compañeros, le salieron à recibir grande multitud de diversas aves, mostrando su alegría, con la acorde musica de sus voces, y con jubilo se le ponian en la cabeza, ombros, manos, y rodillas; tanto que dixo el Sãto Padre à sus Compañeros: *Hagamos alguna mora en este lugar, pues tanto se alegran nuestras hermanas las aves de nuestra venida.* En las Lagunas de Venecia halló grandissimo numero de diferentes aves: mandoles, que alabassen à Dios, y al punto lo hizieron todas con su canto; y puesto en medio de ellas, rezaba con su Compañero las horas Canonicas, hasta que sintiendo embarazo de las muchas voces, les dixo:

*Her-*

*Hermanas, aves, cessad en vuestro canto, hasta que nosotros acabemos las Divinas alabanzas.* Callaron al instante; y acabado el Oficio, les diò licencia, y bolvieron à cantar. En el Pueblo Arone, fueron tantas las golondrinas, que concurrieron à oírle predicar en el campo, que con las alas formaron vna tienda, ò pabellon, para todo el auditorio, defendiendole del Sol; y assi perseveraron en silencio, hasta que concluyò el Sermon. En la Ciudad de Reate, se le venian à la mesa vnas aves llamadas Pechorrubio, y comian del pan que les daba, y en facando sus polluelos, se los traian al Santo, y à sus Compañeros.

Este conocimiento, y amor, que tenian las aves à nuestro Santissimo Patriarca, lo manifestaron mas claro, en su glorioso tránsito las aves llamadas *Alaudas*: que las queriamas que à otras, porque dezia: que representaban vn verdadero Religioso (y vna de estas le pintan al lado, no Garça) las quales, aunque son enemigas de las tinieblas, vinieron la noche que murió nuestro Serafico Padre San Francisco, en copiosissima cantidad, con no acostumbrado jubilo, manifestando la gloria del Santo. Tambien las Ouejas, y Corderos, se le mostraban benignamente rendidos; por que caminando cerca de la Ciudad de Sena,

vió

*S. Bonav. vbi sup. & Pissa lib. 2. fruct. 13. part. 2.*

vió vna gran manada de ellas, y saludandolas como acostumbra, dexaron todas los pastos, y vinieron corriendo á nuestro Santo Padre, como si fuesen racionales, y lo que no podian con articuladas palabras, hazian con tiernos validos, llegando se, leuando las cabezas, abriendo sus manfas bocas, y poniendo en él fixos los ojos.

En el Santo Lugar de Porciuncula, le ofrecieron vna Oueja, la qual recibió por su inocente naturaleza, y como á vn Novicio, la enseñó, como avia de dar loores á Dios, y no ofender alguno. Aprendió tambien la doctrina, que en oyendo á los Religiosos en el Coro, se entraba en la Iglesia, y doblaba las rodillas delante del Altar de la Virgen Maria nuestra Señora, daba sus validos en lugar de que la saludaba; y de la misma manera en la Misa adoraba la Hostia Consagrada, al leuantarla el Sacerdote; y de estos ay muchos exemplos en nuestro Serafico Padre S. Francisco. Y como su hijo Aparicio le imitó en la obediencia á Dios, y á tus mandamientos, y en su amistad, y gracia; le siguió tambien en el imperio, concediendole Dios, por privilegio de su observancia, y virtud, los que fueron fueros de aquel estado inocente de nuestros primeros Padres. Assi mandaba

Aparicio á los Bueyes, y Nouillos, que vncia á las carretas, como si fuesen capaces de razon, y entendimiento; y ellos le obedecian de la misma manera. A todos les llamaba Coristas, y á cada vno le tenia puesto su nombre particular; á vno Cachupin, á otro Blanquillo, á otro Azeituno, y assi de los demás. En llamando á alguno, que oia el Buey el eco de sus palabras, al punto se venia á él, le lamia el habito, y le entraba la barba, y boca en la manga, de donde le sacaba las mazorcas, ó pedazos de pan, que el Varon de Dios solia traer para este fin. Lo ordinario era comer la cebada, ó maiz, que les daba en el canto del manto, ó en las faldas del habito del Padre. Y si sobre la comida peleaban, les daba con la mano en la bocas, ó con el cordon en las cabezas, y los reñia, diciendo: *Ea estos quedos, tened juicio:* Y era cosa de maravilla, que como si lo entendiessen, bolvian á comer quietos, y en alcançando cada qual lo que podia, se desviaba para que llegasse el otro.

Como á los Bueyes, y Nouillos llamaba Coristas, á los Religiosos Coristas llamaba Nouillejos, por nuevos en la Religion, y los amaba con encendida caridad, porque los atendia los mas desvalidos, y quanto adquiria

fuera del Convento, como era fruta, que solia coger de los arboles, ó que le la daban, ó algun dulce, ó otra cosa semejante, todo se la traía à ellos, y con entrañas de Padre amoroso les dezia: *Ea Nouillejos, tomad, tomad.* Solia tambien jugar con ellos al toro, y otros juegos de niños con notable contento. Assi como Fr. Junipero, vno de los primeros Compañeros de nuestro Serafico Padre S. Francisco, que se puso en la calle à jugar con los muchachos al columpio; porque vno, y otro pretendian no ser estimados del mundo; y los Coristas le miraban tambien con mucho amor, y le estimaban, esperando à ver lo que les traía, en sabiendo que avia llegado al Convento, luego corrian à él, y lo rodeaban con mucho regocijo. Vna vez se juntaron los que avia en el Convento de la Puebla (que era donde sucedia esto) y le dixeron: Aparicio, vamos à ver los Bueyes, como se vienen à vos, quando los llamais, y él les dixo: *Andad, traed Sacate* (que es alcacer, ó ojas, ó cañas de maiz) y *vereis como vienen:* Traxeronlo, y él los llevó al corral, donde los avia defuncido, y dió vna voz: *A Coristas:* al instante acudieron todos, Aparicio les iba dando à cada vno su racion de zacate; y como llegassen dos juntos à hazer pressa de vn manajo; force-

forcejaron à qual lo avia de llevar, y sobre esto le embistieron, asiendose fuertemente de las hastas. Viendo Aparicio la contienda, y que el vno, à quien llamaba Pintillo, maltrataba al otro, le dió vn grito, diciendo: *Ola Pintillo; esso es lo que os he enseñado?* Fue caso notable! que al punto, que oyó su voz, el enojado Buey dexò la contienda, y se vino al Padre Fray Sebastian retozando, y le lamiò las manos, no con poca admiracion de los circunstantes Religiosos.

Era de manera esta obediencia que los Bueyes tenian à Aparicio, que como queria, los iba llamando, y ellos iban viniendo, y en el lado, que les asignaba, se ponian. Vna vez se hallò solo en el campo al vncir las carretas (por avertele ido el Indio, que le acompañaba) y aviendo llamado à vn Buey para ponerlo en el yugo (como lo jurò el que llegó à la fazon, y pudo verlo) se le llegó otro Pinto, y començo à lamerle el habito, y à jugar con él. Al qual dixo el Padre: *Aguardad Pinto, que no aveis de ir en esta camilla, sino en otra.* Y assi se estuvo el Buey esperando. Acabado de vncir al primero, le dixo al Pinto: *Pasad vos aora, que aqui aveis de ir tirando.* Y assi pasó el Pinto à la otra parte muy regocijado, y baxó la cerviz para que le pusiesse el yugo.

En muchas ocasiones que se hallaba solo defuncia los Bueyes, y al mas viejo, à quien llamaba capitan, dezia: *Llebad effos Coristas donde coman, y tened cuydado, que por la mañana esteis aqui con ellos.* Con esto se repartian por el campo, y al amanecer, el Buey à quien se los avia encomendado, los iba recogiendo, y se los traia à la parte señalada; y èl los iba llamando, y vnciendo con notable paz, y sosiego. Y juró el Padre Fray Sancho de Landa, que muchas vezes llegando el Siervo de Dios al Convento de la Puebla, despues de aver defucindo los Bueyes, los iba llamando por sus nombres, y ellos por su orden se le acercaban, y el Siervo de Dios iba señalando à cada vno, del maiz que avia recogido de limosna, la racion que avia de comer. A vno dezia: *Vos que aveis trabajado mucho, comed tantas mazorcas;* y à otro: *Vos que aveis trabajado menos, comed tantas.* Y cada vno comia lo que le avia assignado sin exceder de alli, y sin impedirse los vnos à los otros, con tanto concierto, y domesticidad, como si fuesen racionales. Tambien les mandaba, que no hiziesen daño en las simenteras, y sembrados; lo qual ellos cumplian puntualmente, y aunque anduviessen dias, y noches, dentro de las milpas, ò sembrados de maiz, nunca

comian, ni vna oja, ni quebraban caña alguna; sino que solo comian de entre las matas el zacate, ò yerbas que no hazian falta.

Treinta y seis casos todos muy admirables, de este genero, y otros semejantes de que ay vulgar noticia en el Reyno, y en las Historias, están testificados en el processo Apostolico. Solo se pondrà aqui vno de singulares circunstancias, sucedido en los Pinillos de Cholula, el año de mil quinientos y noventa y seis, en la hazienda de Juan de Garfias, y Francisca Mendez Soto Mayor, que con juramento ante los Juezes Apostolicos lo depusieron como se sigue. Llegò el Venerable Aparicio, à la referida estancia, y viendo à la dicha Francisca le pidió por amor de Dios algo que comer; ella le preguntò: Si queria vn poco de leche, y como el Siervo de Dios le respondiessè que sí, la piadosa muger se la començo à migar con mucho amor. El Venerable Padre defució sus Bueyes, y los echó à comer, y luego vino à comer la leche. La muger puesta en la puerta de la hazienda açò los ojos, y vió que los Bueyes que eran diez, ò doze, se avian entrado en la milpa, la qual estava ya de lazón para coger, y temiendo el daño, que le podian hazer, con fervor de palabras le dixo: Padre, vuestra Reuerencia quie-